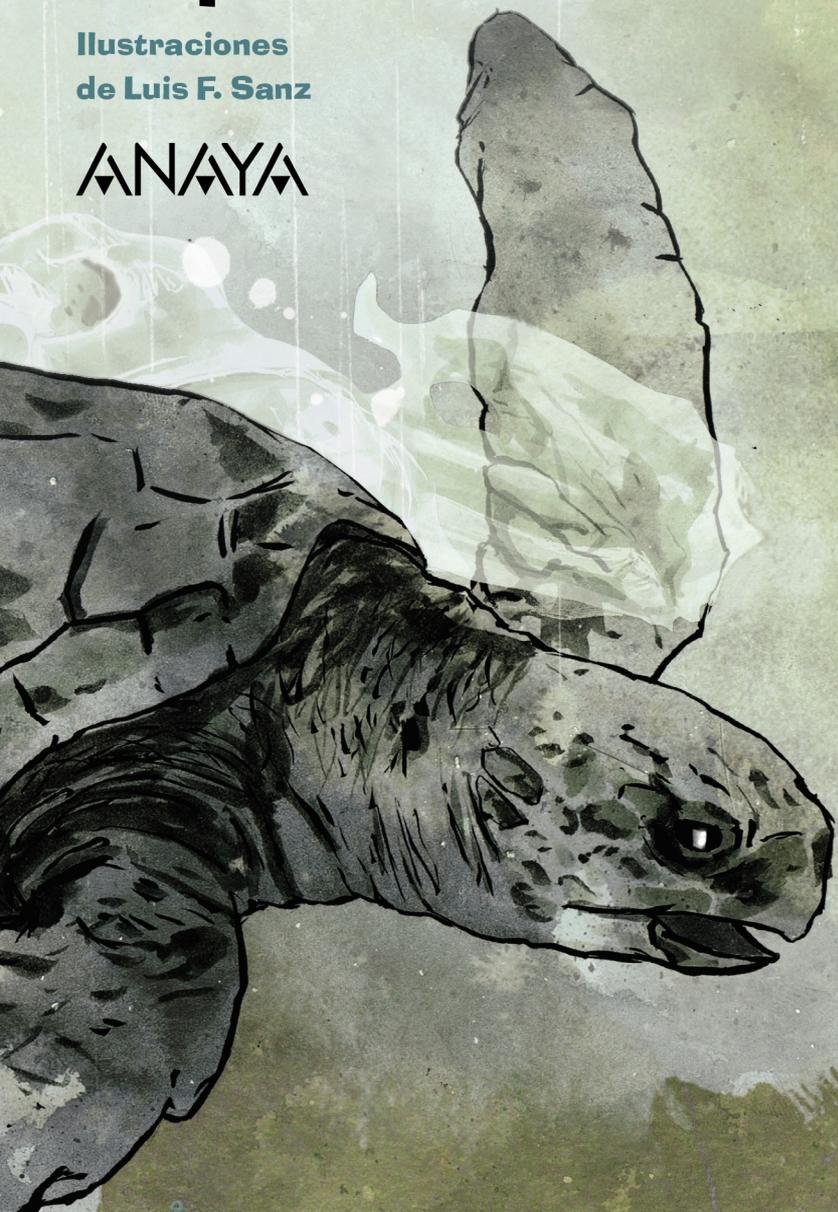


Ana Alonso

# Mares de plástico

Ilustraciones  
de Luis F. Sanz

ANAYA



PIZCA DE SAL

1.ª edición: marzo 2020

Dirección de la colección: Olga Escobar

© Del texto: Ana Alonso, 2020

© De las ilustraciones: Luis F. Sanz, 2020

© De las fotografías: 123RF y colaboradores;  
iStock/Getty Images (Romolo Tavani).

© Grupo Anaya, S. A., 2020

Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid

[www.anayainfantilyjuvenil.com](http://www.anayainfantilyjuvenil.com)

[www.pizcadesal.es](http://www.pizcadesal.es)

e-mail: [anayainfantilyjuvenil@anaya.es](mailto:anayainfantilyjuvenil@anaya.es)

Diseño de cubierta:

Miguel Ángel Pacheco, Javier Serrano

Patricia Gómez Serrano

ISBN: 978-84-698-6613-9

Depósito legal: M. 305/2020

Impreso en España - Printed in Spain



*Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.*

Ana Alonso

# Mares de plástico

Ilustraciones  
de Luis F. Sanz

ANAYA

# CAPÍTULO 1

He ganado la primera batalla de esta guerra. Los he convencido, y eso que esta mañana estuve a punto de tirar la toalla. Mis padres, que casi nunca coinciden en nada, parecían haberse puesto de acuerdo para arruinarme las vacaciones. Era muy mala señal.

En principio, su respuesta era «no» a todo. «No» a unirme a la asociación Mares Limpios, «no» a participar como voluntaria en el campo de trabajo, «no» a que me fuera sola a Fuerteventura con gente prácticamente desconocida... Y total ¿para qué? ¿Para limpiar basura?

—Si tanto te interesa la limpieza, Elena, empieza por esta casa —dijo mi padre después de pegarle el segundo mordisco a su tostada de pan con tomate y aceite, su desayuno de los miércoles—. El garaje está hecho un asco. Y los trasteros ni te cuento. Mira, quédate a ordenar todo eso y yo te pago una cantidad que acordemos para que te compres ropa a principio de curso.

—Eso. Y te vas a hacer el curso de inglés a Irlanda con tu prima María —le apoyó mi madre, metiendo su taza en el lavaplatos—. Ya es hora de que te pongas seria con el inglés.

—He sacado sobresaliente en inglés —repliqué indignada—. ¿Eso es no tomárselo en serio?

—Pues entonces, con más razón —contestó mi padre sonriendo desganado—. Todo el mundo tiene que saber inglés. Y es mejor que la primera vez vayas con María, ella ya sabe de qué va la historia.

—María es una pesada...

Papá se levantó a limpiar su plato y lo encajó cuidadosamente entre las varillas del lavaplatos. Luego se incorporó y se ajustó con un gesto rápido el nudo de la corbata.

—Tienes que aprender a priorizar —dijo, ya desde el pasillo—. Entre la basura y el inglés, nos quedamos con el inglés. Punto. Ya has procrastinado bastante con ese tema.

Reconozco que no tenía muy claro el significado de la palabra «procrastinar», así que, antes de salir a coger el autobús para ir al instituto, introduje el término en la app de la RAE. ¡Y no venía en el diccionario! Me pareció rarísimo.

En el instituto, al final de la clase de lengua, se lo planteé a Patricia, mi profesora.

—Si no está en el diccionario de la RAE es porque se trata de una palabra que se ha puesto de moda recientemente, sobre todo en libros de psicología y autoayuda. Pero es una palabra curiosa: viene de una palabra en latín, *procrastinare*, que significa «dejar algo para mañana». O sea, que procrastinar quiere decir «aplazar una tarea». ¿Te he aclarado algo?

—Todo —respondí—. ¡Mil gracias!

Desde la puerta de la clase, Rodrigo, que se había quedado charlando con otro compañero mientras yo hablaba con Patricia, me miraba con curiosidad. Pensé en aprove-

char la ocasión para acercarme a él y pedirle más detalles sobre el campamento de trabajo. Él ya había participado en la campaña anterior. A lo mejor podía darme algún detalle que me ayudase a convencer a mis padres...

Me lo pensé demasiado tiempo; tanto, que el timbre sonó antes de que llegara a decidirme, y todos los compañeros volvieron, de mejor o peor gana, a sus asientos.

El resto de la mañana se me hizo bastante largo. Como ya hemos terminado las evaluaciones, en Música estamos viendo una película sobre la vida de un trompetista de *jazz*, y mucha gente se queja porque dicen que ese tipo de música no la entienden. En las otras materias estuvimos repasando y charlando. La última semana de curso siempre es así: los profesores no saben qué hacer con nosotros, el calor aprieta, todo el mundo anda revolucionado con las vacaciones...

Yo me quedo con esto: al volver del recreo, mis ojos se encontraron un segundo con los de Rodrigo. Y él me sonrió.

Sé lo que dirían Beatriz y Cruz si se lo contara: que me lo estoy imaginando, que veo lo que quiero ver. Y luego Cruz me soltaría su típico sermón sobre los chicos guapos: no hay que fiarse de ellos, son unos creídos, les gusta el protagonismo, y a veces se hacen los simpáticos para ganar popularidad. Pero una chica como yo no puede interesarle de verdad a un chico como él. Eso me lo diría Beatriz. Brutalmente sinceras, mis amigas. Supongo que debería estarles agradecida por ello. Aunque a veces una no tiene el cuerpo para digerir tanta sinceridad. Es lo que me ocurría hoy. Por eso pasé de contarles lo de la sonrisa de Rodrigo. Y tampoco dije ni una palabra sobre lo del campo de trabajo en Fuerteventura. Eso, por el momento, es mi secreto.

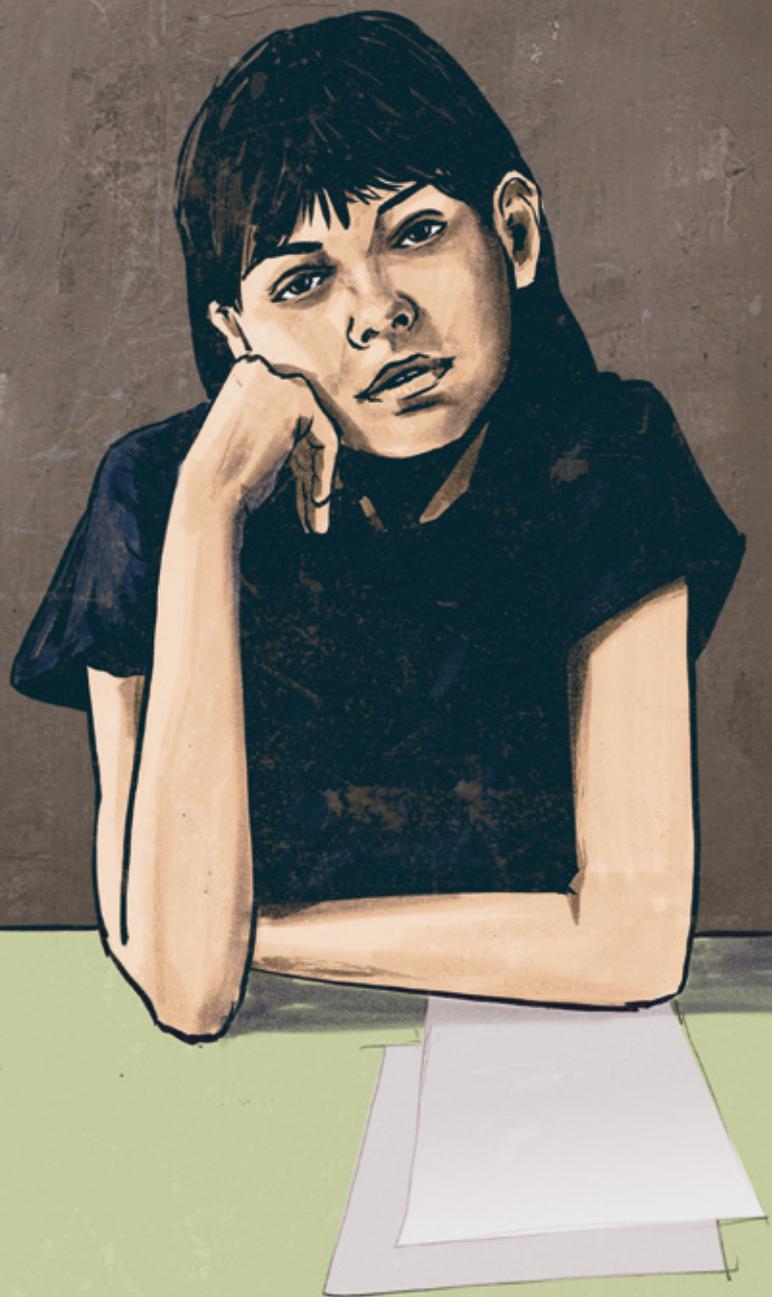
A mí me parece que todo el mundo tiene prejuicios con Rodrigo porque es guapo. Guapo de una manera insultante, guapo de revista de moda o de anuncio de perfume. Pero en ninguna parte está escrito que un chico no pueda ser a la vez guapo y buena persona. Son genes diferentes, ¿no? Si es que esas cosas dependen de los genes. Se lo preguntaré a Carol, la profe de Biología, en la próxima clase.

Volviendo a Rodrigo, sí, es verdad que es demasiado rubio, demasiado alto, con los ojos demasiado azules y los brazos demasiado bien moldeados. Compite en natación y desde que era pequeño ha ganado no sé cuántos trofeos en la modalidad de mariposa. ¡La más difícil! Yo también soy buena en natación, así que sé de lo que hablo. Además, me han dicho que también hace surf. Si vamos a Fuerteventura juntos, igual me puede enseñar un poco. Me lo imagino en la playa, moreno, con los ojos brillantes y el pelo casi blanco bajo el sol, cabalgando las olas...

¡Uf! No, mejor no me lo imagino.

Es verdad que saca suficientes raspados en Matemáticas, y que pasa bastante de las clases, excepto de la de Biología, que es su favorita. Normal, con el interés que tiene por el medio ambiente... Me enteré de lo involucrado que está gracias a una exposición oral de tema libre que tuvimos que hacer en la segunda evaluación para subir nota. Rodrigo habló sobre su colaboración con la ONG Mares Limpios. Me quedé impresionada. Bueno, yo y todos. Cuando terminó, la clase entera estalló en aplausos.

—Es que lo ha hecho muy bien —comenté yo con Cruz en voz baja—. Y el tema es superinteresante.



—Tú podrías haberlo hecho igual de bien y haber hablado de lo mismo y no te habrían aplaudido —me contestó ella, tan despiadada como siempre.

—A ti no te han aplaudido tampoco —repliqué yo, picada.

Cruz se encogió de hombros y sonrió desdeñosa.

—¿Y qué esperabas? He hablado sobre la lucha de los colectivos LGTB en los años ochenta. Ya sabía que no iba a levantar pasiones, pero hay que educar un poco a la gente.

Cruz está muy sensibilizada con ese tema. A veces, en clase, ha tenido problemas por ello. Hay quien la insulta... pero nunca a la cara. No se atreven. Cruz infunde respeto. Habla del colectivo con sencillez y dignidad, y hace que la gente se lo tome en serio. Hasta los más retrógrados.

El caso es que esta tarde, cuando volví a casa después de dar una vuelta con mis amigas, tenía más ganas que nunca de irme a ese campamento de voluntariado a limpiar plásticos de las playas de Fuerteventura. Ver todos los días la sonrisa de Rodrigo. Pasarme el día entero con él...

Más ganas que nunca, sí, pero ninguna esperanza.

Y es que a veces subestimo a mis padres. Creo que no me van a entender, que no se molestan en intentarlo. Y no siempre es así. Hoy, por ejemplo, me han sorprendido.

La conversación sobre Fuerteventura comenzó a mitad de la cena. Había gazpacho y guisantes con tortilla francesa, pero yo no tenía mucho apetito.

—Comiendo así, no sé cómo quieres ir a ningún campamento —rezongó mi padre frunciendo el ceño—. No vas a tener fuerzas ni para levantar un plástico de la arena.

Algo en su tono me llenó de esperanza. Apuesto a que me empezaron a brillar los ojos.

—Si me dejáis ir, prometo hacer un esfuerzo para comer de todo. Los monitores os lo dirán. De verdad que lo prometo. ¿Me vais a dejar?

Mis padres se miraron.

—Aunque solo fuera por eso, igual no le venía mal del todo —dijo mi padre.

Noté cómo mi madre enrojecía de enfado. Aquello no debía de ser lo que habían acordado... Si es que se habían molestado en hablar del tema.

—Para aprender a comer de todo le vendrá igual de bien ir a Irlanda —dijo mamá—. Así se acostumbra a comidas diferentes.

—Puaj. Todo el mundo sabe que esa gente no sabe cocinar. —Mi padre soltó una carcajada, pero ni mamá ni yo nos reímos, así que se volvió a poner serio enseguida.

—Pero ¿de verdad quieres pasarte el verano limpiando la suciedad de otros? —me preguntó—. ¿Y sin que te paguen siquiera? ¿Por qué quieres hacer eso?

—Porque me interesan los problemas medioambientales, el cambio climático... y esto de los plásticos es muy serio. Puede afectarnos a todos. Ya nos está afectando. Si quieres te enseñe un trabajo que hicimos en clase...

—A ver, yo no digo que esté bien tirar plásticos en la playa, faltaría más. Pero si hay gente maleducada que lo hace, pues tendrán que ser los organismos públicos los que le pongan remedio, ¿no? Que les hagan pagar buenas multas. Que haya vigilancia. No veo por qué tiene que ir una chica de dieciséis años a sacarles las castañas del fuego.

—Esos plásticos no vienen solo de los turistas de las playas. Las corrientes los traen desde regiones muy alejadas del globo —expliqué—. A Fuerteventura llegan incluso residuos que vienen de América.

—Me da igual. No es problema tuyo. Mira, si quieres hacer algo por los demás yo te apunto a Oxfam, apadrinamos un niño en la India o lo que tú quieras. Y se me ocurre una cosa mejor: en la tienda haremos una campaña sobre eso de los plásticos y el reciclaje. ¿Qué te parece?

—¿Para reciclar gafas viejas, por ejemplo? Es una idea brillante, papá.

Lo dije convencida, y él lo notó, porque sonrió con orgullo. Todo lo que tiene que ver con su óptica le pone de buen humor.

—¿Ves, mujer? —dijo—. Se puede ser solidario sin convertirse en un perroflauta.

Ahí fue cuando mi madre, que había estado callada todo el tiempo, explotó. Mis padres tienen ideas políticas muy diferentes.

—O sea, ¿que la niña es una perroflauta porque quiere dar su tiempo para limpiar unas playas? Hasta ahí podíamos llegar. Puede que yo no esté de acuerdo del todo con el plan, pero desde luego me parece mejor que vaya a ese campamento de verano a que conviertas sus ideales en una campaña publicitaria de tu óptica para vender más.

—Mamá, papá no va a hacer eso...

—Creí que era lo que querías, que no fuera —me interrumpió mi padre, bastante confundido—. ¿En serio quieres que vaya? Yo he dicho que no por ti, porque sé que ella te preocupa...

—Me he estado informando —contestó mi madre—. El grupo de trabajo es internacional. Va gente de toda Europa. Así que podrá practicar su inglés.

La miré asombrada.

—No me digas que me dejas...

Ella suspiró.

—Si es lo que quieres, adelante. Aunque el trato de la comida tienes que cumplirlo. ¿Lo prometes?

Lo prometí, claro. Mi padre estaba tan perplejo como yo con el cambio de opinión de mi madre, pero no quiso indagar más en sus motivos.

Yo, en cambio, sí le pregunté por qué había cambiado de idea a última hora.

Ella me acarició el flequillo.

—No sé, Elena —dijo—. No sé si hago bien o mal dejándote ir. Pero tengo que ir aceptando que ya no eres pequeña, y que algunas decisiones las tienes que tomar tú. Eso sí, te advierto que te va a resultar duro. Tú nunca has hecho nada parecido. Todo el día al aire libre, recogiendo basura... Tienes claro que va a ser así, ¿verdad?

Me imaginé sudorosa, en bikini, recogiendo bolsas de plástico con un pincho. Y delante, a pocos metros en la arena, Rodrigo con sus ojos claros y su pelo en la brisa...

—Lo tengo claro —repliqué, muy segura.

En cuanto regresé a mi habitación, lo primero que hice fue abrir WhatsApp. En el grupo de la clase puse que iba a unirme a la actividad de voluntariado en Fuerteventura. Rodrigo había publicado la información sobre el campo de trabajo en ese mismo grupo, pero nadie, hasta entonces, se había apuntado.

Recibí una ristra de emojis de aplausos de Beatriz y un emoji de una sevillana de otra compañera de clase, Sofía (no venía muy a cuento, pero es que ella emplea ese emoji para todo).

Esperé un rato, mirando cada dos por tres el móvil, a ver si había más comentarios. Un par de chicos contestaron con monosílabos: «guay» «LOL»...

Rodrigo no escribió ninguna respuesta. A lo mejor ya estaba dormido.

